bré y todos los árboles que había en el campo y en los alrededores.

En fin el contrato de esta manera es concluido y aceptado, *viéndolo los hijos de Heth y todos los que entraban por la puerta de la ciudad.* Esto es lo que dá fuerza y valor al contrato. Cuando una venta debe efectuarse en una ciudad ó en una aldea, aparte de los intermediarios, toda la población se junta alrededor de las partes contratantes, en el lugar ordinario de las reuniones es decir cerca de la puerta de la ciudad. Todos toman parte en los debates como si personalmente estuvieran interesados. Así todos son testigos, conocen los detalles y las circunstancias del negocio, y la transación queda confirmada sin escrito alguno. Toda transacción atestiguada de este modo es legal é inatacable, mientras que los títulos escritos más auténticos de propiedad, revestidos de toda clase de fórmulas son de ningun valor sin el testimonio de un testigo vivo.

CAPITULO DECIMO TERCERO.

LA PERSECUCION DE LOS HEBREOS EN EGIPTO

Aunque no tengamos en este punto que responder á dificultades tomadas de la pretendida ciencia moderna, nuestra misión de vindicar el sagrado texto nos pone en el deber de manifestar como la historia del Egipto escrita en sus monumentos y papiros confirma admirablemente el primer episodio del Exodo Mosaico. En efecto, es tanta la conexión que hay entre la narración bíblica y la egiptología, que muy bien pudiéramos escribir ambas historias en dos columnas para que más aparentemente se viera su conformidad.

El exodo nos refiere que después de tres generaciones desde la entrada de Israel en Egipto, subió al trono un rey que no conocía á José, ó sea los bienes que José había hecho á toda la nación egipcia, ni distinguía al pueblo israelita como tres Faraones lo habían hecho, de donde se originó aquella cruel persecución. Pues bien, la historia de Egipto nos refiere que hacia el año dos mil antes

de Cristo, los reyes Hischos ó Pastores de estirpe chamita y que antes habían ocupado el Egipto, fueron expulsados por los reyes indígenas, de lo que fácilmente se comprende, quien fuera este rey y por qué desconocía á José. Los reyes de esta última dinastía con razón podían temer como dice la Escritura, que el pueblo de Israel se multiplicase y *en caso de guerra se uniese á sus enemigos, y arrojándolos de la tierra se pusiese en salvo.* (Ex. I 10.)

Otros dos hechos concuerdan optimamente en la Biblia y en la historia egipcia del año 2000 antes de Cristo. El primero es que tanto la persecución, como los trabajos de los hebreos, suponen que su nación gozaba de grande paz. La otra es que el rey que empezó á perseguir á los hebreos reinó por muchos años; lo que se desprende de que Moisés que huyó á la tierra de Madian y no volvió al Egipto sino después de la muerte del Faraon que lo buscaba para darle muerte, no volvió sino cuarenta años después. Ahora bien, estos dos hechos se hallan confirmados plenamente en la historia de Egipto. Ramses II, llamado por los griegos Sesostris, después de batallas sangrientas, pudo gozar de cuarenta y cinco años de paz, cual no los gozaron ninguno de los reyes de su dinastía. Los monumentos egipcios nos muestran á este rey, como deseosísimo de construir ciudades, templos y canales, por lo que el insigne Champollion lo llama el rey albañil.

La narración Mosaica nos describe minuciosamente la persecución de que fueron objeto los hebreos. Después de que Moisés y Aron se presentaron á Faraon para obtener la libertad de los hebreos, este se encendió en ira y se decidió á vejar más y más á los de Israel. Mandó pues (Faraon) á los prefectos de los trabajos, y á los exactores del pueblo, y les dijo: Ya no dareis al pueblo paja para fabricar los ladrillos, como antes se les daba, sino que vayan ellos mismos y recojan la paja, sin que les disminuyais el número de ladrillos que antes fabricaban.'' Y como los hijos de Israel, no pudiesen entregar el mismo número fueron azotados por los ministros del rey.

Todo esto, está escrito casi literalmente en los monumentos egipcios. Con frecuencia vemos pintados en ellos, las dos clases de personas de que aquí se trata, es decir, á los prefectos de las obras (sophetim) ó sea los escribas que se representan consignando el número de ladrillos que entregaban los esclavos, y los exactores [noghesim] teniendo siempre en la mano la vara ó azote, con que los castigaban. La flagelación era un castigo muy común entre los egipcios, como puede verse en los papiros y monumentos, y aún hoy los miserables fellans que se ven precisados á trabajar en las obras públicas son á menudo tratados de esta innoble manera.

Ultimamente se han encontrado dos documentos que apoyan admirablemente esta na-

rración. Ambos pertenecen al reinado de Ramses II. En el primero se habla de los Aberiu ó Aperiu, nombre con el que los egipcios designaban á los hebreos, como con gran copia de documentcs lo demostró M. Chabas en sus Melanges Egyptiennes primera serie p. 46. En el primero el escriba Kaonisear pone en conocimiento del prefecto Bekemptali el haber cumplido el mandato que de él recibiera. "Para satisfacción de mi amo, dice, yo he obedecido el mandato que me dió mi amo diciendo: Dá su alimento á los soldados lo mismo que á los Aperiu, que cargan la piedra para la gran Belehen del rey Ramses Mériamen, amigo de la justicia, los cuales están confiados al jefe de los Madjaiu Ameneman. Yo les doy el alimento cada mes, según las excelentes instrucciones que me ha dado mi amo." El otro documento que casi tiene la misma forma que el anterior está redactado por el mismo escriba Keniamon y dirigido al amo Kadjena--Hai: "Yo he obedecido, dice, al mandato que me dió mi amo diciendo: Dá alimento á los soldados lo mismo que á los Aperin que cargan la piedra para el sol del sol Ramses Meriamen al Sur de Memphis."

En la Vulgata se nos dice que no distribuyéndose al pueblo la paja necesaria para fabricar ladrillos, se dispersó por toda la tierra de Egipto *para recoger pajas*. En el texto hebreo este pasaje concluye de la siguiente manera: *lecoshes kas late ben* para recoger *kas*

en lugar de paja. San Jerónimo no supo como traducir la palabra *kas*, por lo que solo habló de la recolección de paja, é hizo que este lugar permaneciese inexplicable durante muchos siglos. Porqué si á los hebreos no se les daba paja, como es que se les dispersaban para recogerla? ¿Acaso la paja no se encuentra en los graneros sino esparcida por los campos para ser del primer ocupante y en tanta cantidad que pudiese bastar, para la fabricación cuotidiana de un gran número de ladrillos? Pero ahora sabemos que con el nombre de *kas* se designan unas cañas que crecen en las riberas del Nilo y de sus canales, y por consiguiente el sentido de este lugar es que los hebreos no recibiendo paja para fabricar los ladrillos, se dispersaron por las orillas del Nilo para recoger estas cañas y emplearlas en vez de paja. Pues bien, en las ruinas de la ciudad llamada Pithoom dice M. Naville, [Egypt. Exploration Fund, Report of frist general meeting 1883 p. 12] una parte de los ladrillos con que fueron fabricados sus muros, están hechos con las cañas del Nilo y otras de solo el limo de este río sin que se halle vestigio alguno de paja.

A toda esta narración opone Reuss lo siguiente: Las diversas circunstancias de estos sucesos demuestran que no fué escrita por un contemporáneo, como lo fué Moises. En primer lugar el rey de Egipto contemporáneo de José, él del nacimiento de Moisés, y él del exodo de los hebreos se llamaron

Faraon, lo que parece inverosímil. Además el mandato de Faraon de arrojar á todos los niños al Nilo supone que todos los hebreos habitaban las riberas de este río, lo que es falso, pues la tierrra de Gessen se halla separada por algunas leguas de sus orillas. Finalmente las murmuraciones de los hebreos en el desierto sea por la escasez de víveres, sea por la sencillez del maná supone que en el Egipto vivieron no entre las augustias de la cautividad, sino en medio de las comodidades de la vida, sin que podamos saber como tenían á la mano terneras y ovejas para alimentarse.

Todas estas tres dificultades tienen muy fácil solución. A la primera respondemos que el nombre Faraon no es nombre propio de una persona, sino el título con el que los egipcios designaban á su rey, como Czar entre los rusos, Sultán entre los turcos y Shah entre los persas. Esta opinión comunísima entre los egiptólogos se confirma con la observación de que en la Escritura, con excepción de dos lugares nunca se encuentran juntas estas dos voces: Pharaon y rey de Egipto para indicar que el primer nombre es el nombre propio de la persona, y el segundo el de la dignidad regia. Ordinariamente el modo de hablar de la Escritura es el siguiente: *Se presentaron Moisés y Aron á Faraon. Dijo Faraón* etc. Si en los dos lugares exceptuados leemos: *Faraon rey de Egipto* es porque los hebreos más modernos añadieron la

voz *melej* para mayor claridad. Además aunque el nombre Faraon fuera propio de la persona, no puede decirse con razón que es inverosímil que en Egipto tres reyes tuviesen el mismo nombre. ¿No cuenta Francia diez y ocho de sus reyes con el nombre de Luis y diez con el de Cárlos?

A la segunda dificultad respondemos que la tierra de Gessen y las ciudades de Ramses y de Pithom ciertamente no se hallan á la orilla del Nilo; pero en los papiros y monumentos consta que Ramses abrió canales en todo el delta del Nilo, en los que debieron ser arrojados los hijos de los hebreos.

En fin, diremos con relación á la opresión de los hebreos, sabemos que ella consistió en que se les obligaba á terminar un trabajo excesivo bajo la pena de azotes; pero no sabemos que se les limitaran los alimentos. Al contrario, es de creerse que tuviesen carne en abundancia, pues ejercían la pastoría tenida en desprecio por los egipcios; de la que no podían disfrutar en el desierto por la especial prohibición de Moisés quien para que no se consumieran las reses en el desierto prohibió que se diese muerte á otras que las destinadas al sacrificio. Además, las carnes que deseaban los israelitas en el desierto, debieron ser las de las aves que abundaban en las orillas de los ríos y canales de Egipto y que juntamente con los peces les proporcionaban abundante y sabroso alimento, como lo sabemos de la Escritura y de los monu-

mentos egipcios. En efecto, todos los que conocen las costumbres de los pueblos pastores saben muy bien que se mantienen con la leche y que no comen la carne de sus ovejas sino en circunstancias escepcionales. En Egipto los hijos de Jacob no comían muchas veces carne de res ó de carnero, pero sí de aves. Esto es lo que extrañan en el desierto, en donde sus ojos, decían, no ven sino el maná. La prueba de que no son las terneras ni las ovejas las que desean, la tenemos en la manera con que Dios hizo cesar sus murmuraciones: les mandó codornices, no rebaños para que se saciasen.

Es necesario además no olvidar que los hebreos no se quejaban solo de no tener ya las marmitas llenas de carne como en el valle del Nilo, se lamentaban de verse también privados de las legumbres del Egipto, de las cebollas, de los ajos que eran los alimentos favoritos de los egipcios, como se puede ver en las figuras de sus monumentos. Los israelitas estaban privados de ellas en el desierto, ¿es extraño que los echaran de menos cuando todo les faltaba en el desierto? Este rasgo lejos de ser inverosímil, es por el contrario una confirmación brillante del conocimiento perfecto que tenía del Egipto el autor del Pentateuco.

CAPITULO DECIMO CUARTO.

LAS PLAGAS DE EGIPTO.

No es de extrañarse que los monumentos y papiros del Egipto nada nos enseñen acerca de estos castigos con que Dios hirió á Faraon y á todo el Egipto por su dureza y rebeldía, porque los antiguos jamás consignaban lo adverso y deshonroso para su nación. Tenemos, ahora que combatir á dos clases de adversarios: á los que pretenden explicar naturalmente las plagas de Egipto y á los que creen hallar contradicciones y absurdos en esta narración.

I. RECHASASE LA EXPLICACION NATURAL DE LAS PLAGAS DE EGIPTO.

Eichhorn, Th: Mogan, Du Bois-Aime Bohlem y otros racionalistas que creen imposible y absurdo todo lo milagroso, no pudiendo negar la autenticidad, de las narraciones bíblicas tratan de explicarlas de un modo natural, no deteniéndose en asentar los mayores absurdos para apoyar su preconcebido sistema.

Las plagas enviadas por Dios para castigar al Egipto son las siguientes: